

relacionaron con el entorno social, económico y urbano de las poblaciones del municipio.

La obra comienza describiendo el espacio municipal y la población que ahí habitaba, antes del arribo de los capitales franceses. Muestra la precariedad de las actividades agrícolas; la inseguridad respecto de la tenencia de la tierra y el desabasto de productos, lo que a su vez alentó la importación y el desarrollo comercial portuario con Guaymas y la zona de Río Colorado. También refiere la explotación de las primeras minas de cobre en Baja California, al finalizar la década de los cincuenta del siglo XIX. Éstas se caracterizaron por el uso extensivo de mano de obra, la poca tecnificación y el aprovechamiento del metal en yacimientos de superficie. La autora demuestra la importancia de la extracción del cobre en este tipo de yacimientos, de manera que al agotarse, a pesar de su riqueza cuprífera subterránea, las minas decayeron.

Debido a lo anterior, los primeros empresarios mineros vivieron una época difícil: carecían del capital suficiente, dependían del avío de las casas comerciales y sostenían una pesada carga fiscal que hacía del estado californiano uno de los más onerosos en cuanto a cuotas por registro, posesión y actividad minera. Estas circunstancias propiciaron la centralización de las minas en tres compañías: la primera era encabezada por Pablo Dato, Vicente Mejía, Guillermo y Carlos Eisenmann; la segunda por Eustaquio Valle y Vicente Gorosave y, la última, por Manuel Tinoco, que tras el agotamiento de los yacimientos superficiales fueron vendidas a la compañía El Boleo.

Edith González ubica el momento en que aparece la empresa extranjera, luego de una reforma en la legislación que llevó a la modificación del artículo 72 constitucional (1883) y la creación de un nuevo código minero (1884). Describe los cambios que favorecieron la inversión, el más importante, el que la propiedad minera dejara de ser parcialmente de la nación y pudieran otorgarse derechos de concesión sobre minas que explotaran vetas, mantos y masas; y de accesión para quienes trabajaran carbón, petróleo y materiales de construcción. Dicho contexto explica la cuantiosa inversión destinada por la naciente compañía a la explotación de todas las minas del distrito de Santa Águeda, en el partido del centro de Baja California.

El capítulo segundo aborda las acciones realizadas para responder al compromiso de colonización del territorio californiano pactado con el gobierno de Porfirio Díaz. Para ello la autora comparó los registros demográficos de la zona y la intervención de la empresa en la planeación de los minerales de Santa Rosalía, Providencia, Purgatorio y La Soledad. No obstante, es en el primer poblado donde ofrece un análisis detallado de la composición étnica de las familias de mineros, directivos y burócratas, y de la jerarquía de éstos respecto de la estructura habitacional. El libro invita a imaginar el caserío: en la parte baja estaba “el pueblo de la playa”, sitio de pequeñas viviendas de madera donde residían los operarios mexicanos. En el otro conjunto, llamado Mesa México, vivían los empleados superiores de gobierno, civiles y militares. Por último, tenemos la Mesa Francia, residencia de franceses y europeos, misma que destacaba por la amplitud de sus casas y el goce de todos los servicios.

Pese a que el texto articula las condiciones materiales de la vivienda, la zona de residencia, la jerarquía laboral y el origen étnico de quienes ahí habitaban, se echa de menos un análisis sobre los grupos mismos y el tipo de relaciones -de alianza y conflicto- entabladas entre ellos. El estudio de éstos pudiera incluso ser tema de otra investigación que diera respuesta a varias inquietudes surgidas a raíz de la lectura de este interesante libro. Por ejemplo, en el capítulo II se hace referencia a una colonia de chinos que ingresaron como obreros y pequeños comerciantes. En el siguiente capítulo, nos percatamos que algunos forman parte de la élite económica del municipio (véase el caso de los empresarios Yee Sing, Lui Min Do, Antonio y Miguel Yee y Eugenio Liam, p. 139). ¿De qué manera estos chinos construyeron sus relaciones con otros grupos, a fin de obtener una mejor posición social? ¿Cuáles eran sus nexos con los residentes mexicanos?

El crecimiento de El Boleo, a decir de la autora, no podría entenderse sin antes asegurar la prestación de ciertos servicios públicos (educación, salud, electricidad), así como el abasto regular de insumos agrícolas e industriales, tanto para la población dedicada a la extracción y procesamiento del cobre como para empleados administrativos, comerciantes y proveedores de servicios. El tercer

capítulo expone la manera en que la compañía garantizó el abasto de mercancías, mediante la compra de terrenos aledaños y la formación de granjas agrícolas, ranchos ganaderos e industrias locales. Los rancheros de San Ignacio, San José y Magdalena mostraron inconformidad pues se vieron cercados por la empresa y sus granjas. También el ayuntamiento llegó a quejarse de su relación con El Boleo pues éste se negaba a pagar ciertos impuestos.

No obstante los diferendos con el ayuntamiento, El Boleo siguió creciendo y diversificándose: construyó caminos, molinos de viento y pozos profundos con los que habilitó 44 ranchos productores de carne, cuero y quesos; sembró frutales como uva, dátil, higo, aceituna, naranja, lima, granada, plátano y mango; caña de azúcar y diversas legumbres. A pesar del florecimiento de un grupo agroganadero en la municipalidad de Mulegé, la empresa controló la mayor parte de la producción y abasto de productos, incluyendo los insumos para las nuevas industrias productoras de aceite de oliva, panocha, queso-asaderas, pan y vino, así como para los expendios de aguardiente y tabaco. Lo anterior fue reforzado por la empresa por medio del control comercial de los diversos productos provenientes de Estados Unidos, Europa y los puertos marítimos de Sonora y Sinaloa.

Al final del libro se analiza la dimensión política de las transformaciones económicas, al igual que la inclusión de los nuevos actores revolucionarios en el ejercicio del poder regional. En una primera parte González Cruz hace un recuento de la manera en que la referida industria minera impuso sus iniciativas y controló el espacio municipal. Describe las diferencias con el ayuntamiento y la subprefectura por el pago de impuestos, sobre todo los relacionados al comercio de mercancías. A decir de las autoridades municipales, la empresa recibía una serie de servicios cuyo costo era solventado por el ayuntamiento. Éste, a su vez, no recibía contribución alguna dado que la empresa gozaba de una serie de prerrogativas federales que la exentaban del pago de impuestos.

La Revolución modificó el periodo de estabilidad y predominio casi exclusivo de los inversionistas franceses. En 1905 un centenar de operarios estallaron la huelga; posteriormente los obreros iniciaron la

formación de asociaciones políticas; algunas poblaciones vieron llegar a familias que huían de los estragos de la Revolución en Sonora, junto a ellas arribaron las primeras partidas rebeldes.

San Ignacio fue centro de operaciones de estos grupos. Sin embargo, no lograron controlar el territorio, pues El Boleo se resistió y usó a los operarios de mina como soldados. Pese a los intentos de los alzados y a las arengas de algunos obreros a favor de los revolucionarios, nunca se concretó la toma de Mulegé y Santa Rosalía.

La efervescencia política obligó a la directiva de la compañía a negociar con los constitucionalistas la formación del municipio de Santa Rosalía, fundado en julio de 1917 como un bastión para que la empresa minera velara por sus intereses. En 1918, luego de una apelación al decreto fundador, Mulegé recobró el control de Santa Rosalía e inauguró una nueva etapa política, la cual rompió con el excesivo control de los directivos del El Boleo, permitiendo la incorporación de diversos grupos al escenario político regional.

Para concluir, sólo me resta decir que el texto de Edith González Cruz es relevante, pues muestra el impacto que la empresa francesa tuvo en el espacio municipal. De igual manera explica las polivalentes relaciones entre empresarios franceses y autoridades centrales y locales; las alianzas y conflictos de la directiva con los obreros y diversos grupos que, si bien se desarrollaron al amparo del crecimiento económico de la negociación, en determinados momentos veían chocar sus intereses respecto a ella. El resultado es un buen trabajo que descubre la manera en que se configuró el mercado regional del centro de Baja California; el desarrollo de su agricultura, ganadería e industria y, en especial, revisa cómo todo ello se manifestó en las diversas pugnas por definir el espacio municipal y sus instituciones.

Juan Manuel Mendoza Arroyo
Instituto de Investigaciones Históricas de la
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

